

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR
CICLO "B"

Primera lectura: *Isaías 50, 4-7*
Salmo responsorial: *Salmo 21*
Segunda lectura: *Filipenses 2, 6-11*

EVANGELIO

Marcos 14, 1-15, 47

¹⁴ ¹*Dos días después se celebraban la Pascua y los Azimos. Los sumos sacerdotes y los letrados andaban buscando cómo darle muerte prendiéndolo a traición, ²porque decían:*

-Durante las fiestas, no, no vaya a haber un tumulto en el pueblo.

³*Estando él en Betania reclinado a la mesa en casa de Simón el leproso, llegó una mujer llevando un frasco de perfume de nardo auténtico de mucho precio; quebró el frasco y se lo fue derramando en la cabeza. ⁴Algunos comentaban indignados:*

-¿Para qué se ha malgastado así el perfume? ⁵Podía haberse vendido ese perfume por más de trescientos denarios de plata y habérselo dado a los pobres.

Y le reñían. ⁶Pero Jesús replicó:

-Dejadía, ¿por qué la molestáis? Una obra excelente ha realizado conmigo; ⁷porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis hacerles bien cuando queráis; a mí, en cambio, no me vais a tener siempre. ⁸Lo que recibió, lo ha llevado a la práctica: de antemano ha perfumado mi cuerpo para la sepultura. ⁹Os aseguro que en cualquier parte del mundo entero donde se proclame esta buena noticia, se recordará también en su honor lo que ha hecho ella.

¹⁰*Judas Iscariote, aquel que era uno de los Doce, acudió a los sumos sacerdotes para entregárselo. ¹¹Ellos, al oírlo, se alegraron y le prometieron darle dinero. El andaba buscando cómo entregarlo y el momento oportuno.*

¹²*El primer día de los Azimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron sus discípulos:*

-¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

¹³*Él envió a dos de sus discípulos diciéndoles:*

-Id a la ciudad, os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, ¹⁴y donde entre decidle al dueño: "El Maestro pregunta dónde está su posada, donde va a celebrar la cena e Pascua con sus discípulos;". ¹⁵El os mostrará un local grande, en alto, con divanes, preparado; preparádnosla allí.

⁴⁷*En ese momento uno de los presentes tiró de machete e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole el lóbulo de la oreja.*

COMENTARIOS

I

Todo se precipitó. El profeta galileo había bajado a Jerusalén, tal vez para celebrar la fiesta de los Tabernáculos. Era por el mes de Octubre. En esta fiesta, el pueblo se reunía fuera de las murallas de la ciudad para subir en procesión hasta el templo, llevando ramos verdes y palmas (2Mac 10,7). Durante la procesión cantaban a dos coros el Salmo 118, aclamando al Mesías esperado con palabras de este salmo: "Bendito el que viene en nombre del Señor". La procesión terminaba en el templo. Jesús, como uno más, se sumó a ella aquel día de fiesta.

Con anterioridad había pedido prestado un borrico. La elección del animal fue intencionada. En caballo o en mulo entraban, a la sazón, los reyes en las ciudades (1Re 1); en carro, los guerreros. Jesús era rey, de la dinastía de David, pero no como los reyes

de la tierra. No le iban ni el poder, ni la fuerza, ni la violencia. Por eso utilizó como vehículo un borrico, símbolo de mansedumbre y sumisión.

La gente que había oído hablar del profeta galileo, comenzó a gritar en el transcurso de aquella procesión: "Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David". Como si se tratase de un rey, "echaron encima del borrico los mantos y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo". Con este gesto daban a entender que ponían a disposición del nuevo rey su propia vida, desde el momento de su entrada oficial en la ciudad. Así lo hacían con los reyes en Israel (2Re 9,13).

Entrada de Jesús sin triunfalismos. Alboroto pasajero. Nube de verano. Relámpago en noche oscura.

Tras aquel día radiante de luz, todo se oscurecería de nuevo. A causa de sus enfrentamientos diarios con las autoridades de Jerusalén, Jesús sería declarado "persona non grata".

El pueblo de Israel, según el profeta galileo, era como higuera de hojas abundantes, pero sin fruto. El templo, una cueva de bandidos; los dirigentes, viñadores homicidas que quisieron quedarse con la viña, el pueblo, matando al heredero; las autoridades, gente que contemporizaba con el poder político y se lucraba con la religión. Día a día, Jesús los dejó en evidencia a todos. Los resultados no se harían esperar; Jesús lo sabía bien.

Por eso tomaba la precaución de salir de la ciudad cada atardecer para esconderse con sus discípulos en el Monte de los Olivos, en alguna de sus muchas grutas naturales (Lc 21,37). "Los sumos sacerdotes y los letrados andaban buscando la manera de acabar con él, pero tenían miedo del pueblo" (Lc 22,1); "habían mandado que quien se enterase de donde estaba, les avisara para prenderlo" (Jn 11,57). "Y decían: durante las fiestas no, no vaya a haber un tumulto en el pueblo (Mc 14,2). "Judas, que pertenecía al grupo de los doce, fue a tratar con los sumos sacerdotes y los oficiales la manera de entregárselo. Ellos se alegraron y se comprometieron a darle dinero. Aceptó y andaba buscando ocasión propicia para entregárselo sin que la gente se enterase" (Lc 22,6).

Halló la ocasión tras la cena que tuvo lugar, con toda probabilidad, el martes (nosotros la recordamos el Jueves Santo). "Judas conocía el sitio, porque Jesús se reunía allí a menudo con sus discípulos" (Jn 18,1-2). Su traición consistió en descubrir a los adversarios de Jesús el lugar donde el Maestro se ocultaba de noche para no poner en peligro la vida.

Lo demás, ya lo sabemos: murió unos días más tarde, ajusticiado por defender al pueblo. De Octubre (domingo de Ramos) a marzo-abril (Viernes Santo) todo se precipitó. Trágicos y agitados meses que nosotros recordamos en una semana: Santa Semana.

II

¿Quién podrá salvar al mundo de sus miserias? Si tuviéramos que responder a esta pregunta haciendo el retrato de un salvador de la humanidad, quizá lo último que se nos ocurriría sería pintarlo ajusticiado, agonizante y colgado de una horca... o de una cruz.

¿Y EL PODER DE DIOS?

Lo mataron porque no estaban dispuestos a permitir que pusiera en peligro sus privilegios; porque los puso en evidencia al descubrir que engañaban al pueblo suplantando a Dios y que manipulaban el nombre de Dios para dominar al pueblo; porque les dijo que habían convertido la religión en un negocio y que se habían puesto de acuerdo con el emperador de Roma para apropiarse del pueblo, de los hombres, que sólo pertenecen al Dios liberador.

Se dejó matar, aceptó la muerte por amor: porque no podía soportar que se hiciera sufrir a los seres humanos. Y porque con su amor quería mostrar al mundo el amor de Dios, a quien él llamaba «Padre». Se dejó matar porque estaba harto de que se predicara la resignación y el sometimiento en nombre de Dios, y quiso enseñar a los hombres que lo que Dios exige es la rebeldía contra todo lo que constituye una violación de la dignidad de quienes fueron creados a imagen de Dios y están llamados a ser sus hijos. Y porque quiso ser rebelde sin ventajas, «como un simple hombre» (Flp 2,7), hasta en la muerte.

Pero ¿era necesario tanto dolor? De acuerdo: no fue Dios el que exigió la muerte de Jesús, pero ¿no le pudo ahorrar por lo menos la humillación? Porque si pudo y no quiso, ¿dónde estaba el amor de Padre? Y si quiso y no pudo..., ¿dónde estaba el poder de Dios?

Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda... Los transeúntes lo insultaban y decían, burlándose de él... De modo parecido, los sumos sacerdotes, bromeando entre ellos en compañía de los letrados... También los que estaban crucificados con él lo ultrajaban.

El evangelista nos presenta un cuadro dramático y terrible. Fuera de la ciudad sagrada, junto al camino, a la vista de la mucha gente que pasaba por allí, colgado en una cruz entre dos bandidos (guerrilleros nacionalistas, quizá), agoniza el mismo que pocos días antes había sido recibido y aclamado triunfalmente por el pueblo como el Rey-Mesías. Y con un letrado en el que se daba noticia de la causa de su condena: «El rey de los judíos». Todos se ríen de él, ridiculizando las palabras que había pronunciado cuando predicaba: tanto los que al escucharlo recibieron su mensaje como acusación y denuncia de sus injusticias como los que lo debieron sentir como anuncio de liberación. Todos de acuerdo: los transeúntes, gente del pueblo que quizá lo había aclamado el domingo de Ramos y que ya había perdido toda esperanza en él; los sumos sacerdotes y los letrados que habían vuelto a engañar al pueblo para que rechazara a Jesús y que ahora celebraban lo que creían que era su triunfo, y hasta los que estaban crucificados con él. Todos de acuerdo en que ése no es modo de salvar al mundo: si *el salvador* no es capaz de salvarse a si mismo..., ¿a quién podrá salvar? Todos de acuerdo en que si Dios estuviera con él la suerte de aquel condenado no sería la que estaban viendo. Si aquel despojo humano fuera de verdad el Hijo de Dios, ¿qué clase de Padre sería ese Dios?

Y, al final, parece que hasta el mismo condenado les da la razón: «¡Eloi, Eloi, lema sabaktani», que significa *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

UN DIOS SIN PODER

¡Vaya! ¡El que derriba el santuario y lo edifica en tres días! ¡Baja de la cruz y sálvate!... Ha salvado a otros y él no se puede salvar. ¡El Mesías, el rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos!

Un Dios sin poder. A algunos les sonará a blasfemia, pero eso es *lo que se ve* en el crucificado. «Creemos en un solo Dios, Padre *todopoderoso*», decimos en el credo. Pero ¿en qué consiste su poder? Ciertamente, el poder de Dios no es como el de los poderosos de la tierra (capacidad de determinar o modificar la libertad de los demás). No. El Padre no cambia el curso de los acontecimientos que los hombres, en el uso de su libertad, han decidido; no fuerza la libertad de los hombres, ni siquiera para que éstos sean buenos. Preguntarse si podría hacerlo es un absurdo, algo así como preguntarse si Dios puede pecar. Entonces...

Dios es amor, dice San Juan. Y *ése, el amor, es su poder*. Y *de ese poder* sí está llena la figura del crucificado. Sus paisanos no fueron capaces de descubrirlo: todos los que hablan al verlo en la cruz pretenden que Dios anule lo que los hombres han hecho para que, demostrado así su poder, puedan creer en Jesús. No les entraba en la cabeza que el amor fuera ya salvación.

Quizá también a nosotros nos resulta difícil creer que el amor puede transformar el mundo. Sin embargo, conocemos por experiencia la fuerza del amor: si se apodera de nosotros nos cambia la vida, y cuando se hace norma de convivencia de un grupo, transforma su forma de vivir. Entonces, si lo dejáramos organizar el mundo en lugar de que siga estando en manos de la fuerza y del poder, ¿no cambiaría nada? No, no es tarea fácil. Como Jesús, hay que poner en juego la vida. Y sin ventaja: Jesús tuvo que afrontar la muerte solo, *como un simple hombre*. La confianza que él tenía en Dios («Dios mío» expresa una gran familiaridad) no alivia ni el dolor de verse rechazado por su pueblo y derrotado por sus enemigos ni la angustia, tan humana, de enfrentarse a la muerte. Pero así manifestó el poder del amor de Dios. Sólo un forastero, un pagano, supo verlo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.» Entre tantos salvadores poderosos, ¿no sería inteligente dar una oportunidad a este salvador?

III

v.v. 1 -2 *Dos días después se celebraban la Pascua y los Azimos. Los sumos sacerdotes y los letrados andaban buscando cómo darle muerte prendiéndolo a traición, porque decían: «Durante las fiestas, no, no vaya a haber un tumulto en el pueblo».*

Por primera vez en este evangelio se menciona *la Pascua*, la fiesta de la liberación de Egipto. Se la llama también la fiesta de los panes *ázimos*, porque, a partir de la cena pascual, en los días de la festividad se comían panes sin levadura, en recuerdo de la prisa con que los israelitas tuvieron que salir de Egipto. Esta mención de la Pascua domina toda la narración que sigue, hasta la muerte y sepultura de Jesús.

Los sumos sacerdotes (poder religioso) y los letrados (poder ideológico), miembros del Sanedrín o Consejo supremo, habían buscado la manera de acabar con Jesús, pero habían desistido por miedo a la multitud que lo apoyaba (11,18). Es precisamente el miedo a la reacción de la gente el que los induce ahora a prenderlo a traición, con una estratagema que no tenga repercusión pública. Así evitarán la agitación popular (*un tumulto en el pueblo*), pues la multitud era favorable a la enseñanza de Jesús (12,37). *Durante las fiestas* sería el peor momento, porque la afluencia de peregrinos era grande.

No los mueve para posponer el prendimiento de Jesús el valor religioso de la fiesta ni su significado. Si no fuera por el

pueblo, estarían dispuestos a prenderlo en medio de la fiesta para darle muerte. En la fiesta de la liberación van a matar al Mesías liberador.

v. 3 *Estando él en Betania recostado a la mesa en casa de Simón el leproso, llegó una mujer llevando un frasco de perfume de nardo auténtico de mucho precio; quebró el frasco y se lo fue derramando en la cabeza.*

Comienza la perícopa con una localización: en Betania, aldea que está bajo el influjo ideológico de Jerusalén (11,2). Allí se encuentra Jesús, *en casa de Simón el leproso*, quien, como tal, está marginado por la sociedad a la que pertenece.

El sentido figurado es patente: en primer lugar, es inconcebible que el evangelista presente al lado de Jesús a un leproso en sentido literal y que éste no le pida a Jesús que lo libre de la lepra (1,40); esta lepra, por tanto, tiene que tener sentido figurado, como imagen de la marginación extrema.

Jesús aparece *recostado a la mesa* como lo estuvo en el banquete con los discípulos y los «pecadores» (2,15); está, por tanto, entre los suyos, y «el leproso» representa a un seguidor de Jesús. Por otra parte, «la casa de Simón» recuerda la de Simón y Andrés, donde estuvo Jesús (1,29). Este Simón, por tanto, es figura de Simón Pedro (que representa al grupo entero de discípulos), en cuanto, por ser seguidor de Jesús, es rechazado por los incondicionales del sistema judío (Betania). La condición de Jesús, al que quieren matar, pasa lógicamente a su comunidad: es una comunidad de excluidos. Pero Simón, que no ha roto su vínculo ideológico con el judaísmo, lo experimenta dolorosamente como una marginación (leproso).

La mujer *llega*, es decir, no pertenece a la casa de Simón; aparece en el papel de esposa (cf. 2,19.20: el novio / esposo), según los textos del Cantar: 1,12: «mientras el rey (el esposo) estaba en su diván (*recostado*), mi nardo exhalaba su perfume», símbolo del amor de la esposa (cf. Cant 1,3: «perfume derramado es tu nombre», del esposo). El perfume es *de mucho precio*, señal de la calidad del amor que se ofrece; *quebrar el frasco*, derramando todo el perfume / amor, simboliza la disposición a la entrega total (8,34s); este amor *unge la cabeza* de Jesús, es decir, reconoce y confirma su realeza (cf. 1 Sm 10,1), que va a ser proclamada en la cruz (15,26); los verdaderos seguidores son los que aceptan como rey a Jesús crucificado. La mujer / esposa es así figura de la comunidad ideal de Jesús: ésta responde al amor que él va a manifestar en su muerte con un amor que la lleva a identificarse con él en la entrega hasta el fin por el bien de la humanidad.

v.v. 4-5 *Algunos comentaban indignados: «¿Para qué se ha malgastado así el perfume? Podía haberse vendido ese perfume por más de trescientos denarios de plata y habérselo dado a los pobres». Y le reñían.*

Algunos de los presentes critican la acción de la mujer: no entienden su significado ni ven su utilidad y reaccionan con indignación. Los que niegan valor al gesto de la mujer (entregarse como Jesús), lo niegan a la muerte de Jesús: para ellos, dar la vida es sólo una pérdida inútil (*malgastar*), esa muerte es sólo un fracaso.

Al proponer vender el perfume y darlo a los pobres, mantienen la distancia entre ellos y los pobres, no crean igualdad. Ven a los pobres como objeto de beneficencia. Están dispuestos a dar cosas, pero no su persona.

v. 6 *Pero Jesús replicó: «Dejada, ¿por qué la molestáis? Una obra excelente ha realizado conmigo. »*

Jesús defiende a la mujer. No hay razón alguna para reprocharle lo que ha hecho. La *obra excelente* es la identificación con él por un amor (perfume) que no se detiene ni ante la entrega de la vida (romper el frasco).

v.v. 7-8 *«porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis hacerles bien cuando queráis; a mí, en cambio, no me vais a tener siempre. Lo que recibió, lo ha llevado a la práctica: de antemano ha perfumado mi cuerpo para la sepultura».*

A continuación refuta Jesús la manera de proceder con los pobres que ellos proponen. La ayuda a los pobres no ha de ser ocasional, distribuyendo un dinero, sino continua, porque la comunidad ha de estar *siempre* en contacto con ellos (*con vosotros*). *Hacer el bien* fue el modo como Jesús designó su acción con el hombre del brazo atrofiado; significa, por tanto, restituir a los pobres su capacidad de acción, ayudarles a encontrar su libertad; respecto de ellos, el objetivo principal de la comunidad no consiste en una esporádica ayuda económica recibida pasivamente, sino en procurar, desde todo punto de vista, su desarrollo humano. No se trata sólo de eliminar la pobreza material (lo más urgente), sino también y sobre todo la pobreza humana (lo más importante).

Jesús anuncia su muerte: *no me vais a tener siempre*, y antes de que llegue espera una respuesta y una expresión de solidaridad de parte de los suyos. El amor de la mujer, semejante al de Jesús, asegura la incorruptibilidad de éste (*perfumar / embalsamar el cuerpo para la sepultura*), es decir, perpetúa su presencia en la comunidad y en el mundo después de su muerte.

Esto es lo que da sentido a su entrega: que sus seguidores estén dispuestos a continuar su misión. Es el único homenaje digno de la muerte de Jesús.

v. 9 *«Os aseguro que en cualquier parte del mundo entero donde se proclame esta buena noticia, se recordará también en su honor lo que ha hecho ella».*

Termina el elogio de la mujer con una sentencia solemne (*Os aseguro*): el relato de lo que ha hecho ella es parte de la futura proclamación de la buena noticia en el mundo entero, porque, para el seguidor de Jesús, el mensaje es inseparable de su traducción a la práctica; y la mujer, en su acción, ha expresado la perfecta respuesta al amor de Jesús manifestado en su entrega.

v. 10 *Judas Iscariote, aquel que era uno de los Doce, acudió a los sumos sacerdotes para entregárselo.*

Judas no ha sido nombrado desde 3,19 (lista de los Doce). Es *uno de los Doce*, es decir, un miembro del Israel mesiánico. Al darse cuenta de la inevitable suerte de Jesús, busca la seguridad poniéndose del lado del más fuerte (oportunismo), insensible a la injusticia de la institución a la que acude. Quiere poner a salvo su vida dando a cambio la de Jesús (8,35). Los sumos sacerdotes (el poder religioso), a quienes acude Judas, desempeñarán desde ahora el papel principal en la condena de Jesús, que ha calificado el templo que ellos administran de «cueva de bandidos» (11,17). La acción de Judas es paradigma de la de la multitud judía, que, aunque ha mostrado su simpatía por Jesús (11,18; 12,12.37), nunca ha aceptado sus valores e, incitada por los sumos sacerdotes, pedirá su muerte (15,11s).

v. 11 *Ellos, al oírlo, se alegraron y le prometieron darle dinero. El andaba buscando cómo entregarlo y el momento oportuno.*

La alegría de los sumos sacerdotes se debe al éxito previsto de sus planes. Han encontrado la manera de prender a Jesús a traición para darle muerte (14,1). Quieren matar al Hijo, el heredero (12,6-7), para quedarse con la viña y continuar su explotación del pueblo. Esperan que con la muerte de Jesús toda la expectación que él ha suscitado acabe para siempre. Ellos, la institución religiosa, aceptan en su seno al traidor y, como muestra de ello, le prometen *dinero*, haciendo a Judas cómplice de su injusticia con el pueblo. Judas se encarga activamente de cumplir el propósito de los sumos sacerdotes.

v. 12 *El primer día de los Azimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»*

Nueva datación (cf. 14,1): *el primer día de los Azimos* era la víspera de Pascua; la cena pascual se celebraba a la puesta del sol, cuando, según el cómputo judío, daba comienzo el día de Pascua. La festividad duraba siete días, durante los cuales no se comía pan fermentado (Ex 23,15; 34,18). La mención del sacrificio del cordero pone a toda la narración siguiente, hasta la muerte y sepultura de Jesús, bajo el signo de la Pascua. La iniciativa de celebrarla no es de Jesús, sino de los discípulos (seguidores israelitas), que pretenden preparar la cena pascual judía; Jesús les indicará qué pascua es la que tienen que preparar.

v. 13 *El envió a dos de sus discípulos diciéndoles: «Id a la ciudad, os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo.*

Jesús envía dos discípulos a *la ciudad*, el centro que domina al pueblo con su ideología y su aparato institucional (no aparece ya el nombre de Jerusalén), como antes los había enviado a «la aldea», subordinada a ella (11,2).

Para que lleguen al lugar donde Jesús va a celebrar su Pascua, les da una señal: encontrarán un hombre que, contra la costumbre, lleva un cántaro de agua (tarea propia de mujeres). El individuo sabe lo que tiene que hacer, conducir a los discípulos a un lugar determinado. Todo el episodio tiene sentido figurado: el hombre que lleva el *agua* alude a Juan Bautista, el que bautizaba con agua (1,8), como señal de cambio de vida. *Seguir al hombre del cántaro* significa que tienen que cambiar, rompiendo con un pasado. Han acompañado a Jesús aferrados a su mentalidad; como no se desprendan de ella, no participarán de la Pascua que él va a celebrar.

v.v. 14-15 *«y donde entre decidle al dueño: "El Maestro pregunta dónde está su posada, donde va a celebrar la cena de Pascua con sus discípulos". El os mostrará un local grande, en alto, con divanes, preparado; preparádnosla allí».*

El hecho de que el hombre del cántaro guíe a los discípulos subraya la misión de Juan como precursor que, como tal, lleva a Jesús: *mi posada* indica el fin del camino (1,2); Jesús va a celebrar *la Pascua* verdadera; el local *en alto*, alude sin duda al monte donde se realizó la antigua alianza (Ex 24,4-8) y a la cruz, levantada sobre la tierra; es *grande*, porque está destinado a «muchos» (14,24); está *preparado* por parte de Jesús, pero los discípulos, después de romper con la injusticia (1,4: «enmienda»), haciendo caso a Juan, han de colaborar en la realización de la nueva Pascua (*preparádnosla allí*); lo harán con su entrega personal (alusión a los puestos a la derecha y a la izquierda, 10,37).

Jesús va a celebrar en medio de Israel una pascua alternativa que dará realidad a lo que anunciaba la antigua; será liberación definitiva, creará el nuevo pueblo de Dios, que se extenderá a toda la humanidad. Los discípulos tienen que contribuir a la preparación de ese nuevo éxodo siempre abierto en la historia.

En medio de este sistema opresor (Jerusalén) se celebra la verdadera liberación.

v. 47 *Los otros le echaron mano y lo prendieron, pero uno de los presentes tiró de machete e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole el lóbulo de la oreja.*

La señal es eficaz y, en cuanto la multitud la ve, echa mano a Jesús (9,31: «en manos de ciertos hombres»; 14,41: «en manos de pecadores»). Judas traiciona al Mesías, la multitud usa la violencia contra él; los dirigentes utilizan a ambos para su propósito de darle muerte.

Mc no precisa quién intenta defender a Jesús con la fuerza, pero la actitud que lleva a este acto es la expresada por Pedro en 14,31: «Aunque tuviese que morir contigo», asumida luego por todo el grupo; es éste, por tanto, el que Mc designa de manera indeterminada. No puede llamarlos discípulos porque en esto se oponen a la enseñanza de Jesús. Ellos admitirían morir combatiendo al enemigo, pero no encuentran sentido a que Jesús se entregue voluntariamente a la muerte; quieren vencer a la institución para que reine Jesús, pero él no viene a hacerse con el poder, sino a dar testimonio del amor del Padre.

El siervo del sumo sacerdote es su representante cualificado, su delegado. En los pueblos orientales, cualquier funcionario, aun de alto rango, se llamaba «siervo» de su señor. Atacar al «siervo» significa atacar al sumo sacerdote, suprema autoridad religiosa y política del pueblo judío. En la consagración del sumo sacerdote se le ungía, entre otras partes del cuerpo, *el lóbulo de la oreja* (Ex 29,20; Lv 8,23). Cortarle el lóbulo al representante del sumo sacerdote quiere significar la destitución de éste, declarar ilegítimo el sumo sacerdocio existente. El agresor no ataca a la multitud, sino a la máxima autoridad de su pueblo; muestra así el espíritu reformista violento que ha caracterizado siempre a los discípulos, en particular a Pedro (1,29-31). No han orado (14,38) y sucumben a la tentación.

IV

Un año más, pedimos disculpas a quienes buscarán un comentario bíblico-teológico «normal» para un domingo de Ramos; esperamos que podrán encontrar fácilmente en la red. Esta vez nosotros queremos volver a tratar de hacer un comentario pensando en aquellas personas que -como también nosotros ante el comentario que teníamos ya redactado- se sienten mal ante ese conjunto de conceptos bíblicos que se repiten y enlazan indefinidamente sin salir de un ambiente en el que muchos de nosotros -que pensamos como personas seculares, de la calle, con las preocupaciones diarias de la vida- sentimos que casi nos asfixiamos.

En efecto, muchos de nuestros comentarios bíblicos al uso pareciera que se mueven en «otro mundo», un mundo propio de referencias teológicas intrasistémicas, que funcionan con una lógica diferente a la real, y que parecen estar de antemano inmunizados contra toda crítica, porque, en ese ambiente bíblico-litúrgico al que están destinados, en las homilias, todo debe ser recibido sin discusión, sin espíritu crítico y «con mucha fe». Los que tenemos una fe más o menos crítica, una fe que no quiere dejar de ser de personas de hoy y de la calle, nos preguntamos: ¿es posible celebrar la semana santa de otra manera? ¿Así como buscamos «otra forma de creer», hay «otra forma de celebrar y acoger la semana santa»?

Veamos. Comencemos preguntándonos: ¿qué sienten, qué sentimos, ante la semana santa, muchas personas creyentes de hoy?

Muchos creyentes adultos (trabajadores, profesionales de las más variadas ramas, y también intelectuales, o simples personas cultas) se sienten mal cuando, en semana santa, por la especial significación de tales días, o por acompañar a la familia -y con el recuerdo de una infancia y juventud tal vez religiosa-, entran en una iglesia, captan el ambiente, y escuchan la predicación. Se sienten de pronto sumergidos de nuevo en aquel mundo de conceptos, símbolos, referencias bíblicas... que elaboran un mensaje sobre la base de una creencia central que fuera del templo uno nunca se encuentra en ningún otro dominio de la vida: la «Redención». Estamos en semana santa, y lo que celebramos -así perciben en el templo- es el gran misterio de todos los tiempos, lo

más importante que ha ocurrido desde que el mundo es mundo: la «Redención»... El «hombre» fue creado por Dios pero ésta, la mujer, convenció al varón para que comieran juntos una fruta prohibida por Dios. Aquello fue la debacle del plan de Dios, que se vino abajo, se interrumpió, y hubo de ser sustituido por un nuevo plan, el plan de la Redención, para redimir al ser humano que quedó en «desgracia de Dios» desde la comisión de aquel «pecado original», debido a la infinita ofensa que dicho «pecado» le infligió a Dios.

Ese nuevo plan, de Redención, exigió la «venida de Dios al mundo», mediante su encarnación en Jesús, para asumir así nuestra representación jurídica ante Dios y «pagar» por nosotros a Dios una reparación adecuada por semejante ofensa infinita. Y es por eso por lo que Jesús sufrió indecibles tormentos en su Pasión y Muerte, para «reparar» la ofensa, redimiendo de esa forma a la Humanidad, y consiguiéndole el perdón de Dios y rescatándola del poder del demonio bajo el que permanecía cautiva.

Ésta es la interpretación, la teología sobre la que se construyen y giran la mayor parte de las interpretaciones en curso durante la semana santa. Es la interpretación –literalmente tal- que vehiculó, con toda seriedad, el catecismo que muchos de nosotros/as aprendimos cuando éramos niños/as, y que configuró en un primer momento nuestra percepción de la realidad de este mundo humano y su historia. Y es el ambiente mental ante el que muchos creyentes de hoy se sienten mal, muy mal. Sienten que se asfixian. Se sienten trasladados a un mundo, que nada tiene que ver ni con el mundo real de cada día, ni con el de la ciencia, el de la información, o el del sentido más profundo de su vida. Por este malestar, otros muchos cristianos no sólo se han marchado de la semana santa tradicional, sino de la Iglesia.

¿Hay otra forma de entender la Semana Santa, que no nos obligue a comulgar con esa teología en la que tantos ya no creemos?

¿«No creemos», hemos dicho? Ante todo hay que decir -para alivio de muchos- que efectivamente, se puede no creer en tal teología. No se trata de ningún «dogma de fe» (aunque lo fuera, tampoco ello la haría creíble). Se trata de una maravillosa construcción interpretativa del misterio de Cristo, debida a la genialidad medieval de san Anselmo de Canterbury, que desde su visión del derecho romano, construyó, «imaginó» una forma de explicarse a sí mismo, en aquel contexto cultural, el sentido de la muerte de Jesús. Estaba condicionado por muchas creencias propias de la Edad Media, e hizo lo que pudo, y lo hizo bien: elaboró una fantástica interpretación que cautivó las mentes de sus coetáneos tanto, que perduró hasta el siglo XX. Habría que felicitar a san Anselmo, sin duda.

El Concilio Vaticano II es el primer momento eclesial que supone un cierto abandono de la hipótesis de la Redención o, más propiamente, una interpretación de la significación de Jesús más allá de la Redención. Por supuesto que en los documentos conciliares aparece la materialidad del concepto, numerosas veces incluso, pero la estructura del pensamiento y de la espiritualidad conciliar van ya mucho más allá. El significado de Jesús para la Iglesia posconciliar –mucho más lo será después para la Iglesia con espiritualidad de la liberación- deja de pasar por la redención, por el pecado original, por los terribles sufrimientos expiatorios de Jesús y por la genial «sustitución penal satisfactoria» ideada por Anselmo de Canterbury... Desaparecen estas referencias, y cuando sorpresivamente se oyen, suenan extrañas, incomprensibles, o incluso suscitan rechazo. Es el caso de la película de Mel Gibson, que fue rechazada por tantos espectadores creyentes, no por otra cosa que por la imagen del «Dios cruel y vengador» que daba por supuesta, imagen que, evidentemente, hoy no sólo ya no es creíble, sino que invita vehementemente al rechazo.

¿Cómo celebrar la semana santa cuando se es un cristiano que ya no comulga con esas creencias? Uno se siente profundamente cristiano, admirador de Jesús, discípulo suyo, seguidor de su Causa, luchador por su misma Utopía... pero se siente mal en ese otro ambiente asfixiante de las representaciones de la pasión al nuevo y viejo estilo de Mel Gibson, de los viacrucis, los pasos de semana santa, las meditaciones las siete palabras, las horas santas que retoman repetitivamente las mismas categorías teológicas del san Anselmo del siglo XI... estando como estamos en un siglo XXI, nada menos que a un milenio de distancia...

Debajo de la semana santa que celebramos no dejan de estar, allá, lejos, bien al fondo de sus raíces ancestrales, las fiestas que los indígenas originarios ya celebraban sobre la base cierta del equinoccio astronómico. Se trata de una fiesta que ha evolucionado muy creativamente al ser heredada de un pueblo a otro, de una a otra cultura, de una religión a otra. Una fiesta que fue heredada y recreada también por los nómadas israelitas como la fiesta del cordero pascual, y después transformada por los israelitas sedentarios como la fiesta de los panes ázimos, en recuerdo y como reactualización de la Pascua, piedra angular de la identidad israelita... Fiesta que los cristianos luego cristianizaron como la fiesta de la Resurrección de Cristo, y que sólo más tarde, con el devenir de los siglos, en la oscura Edad Media, quedó opacada bajo la interpretación jurídica de la redención, por obra del genial san Anselmo de Canterbury..

¿Por qué quedarse, pues, prendidos de una interpretación medieval, cautivos de una teología y una interpretación que no es nuestra, que ya no nos dice nada, y que podríamos abandonar porque ya cumplió su papel? ¿Por qué no sentirse parte de esta procesión tan humana y tan festiva de interpretaciones y hermenéuticas, de mitos y «grandes relatos» incesantemente renovados y recreados, y aportar nosotros también a esta trabajada historia nuestra propia parte, lo que nos corresponde hoy, con creatividad, responsabilidad y libertad? No podemos dejar de pensar que «Otra semana santa es posible»... ¡y urgente!

No vamos a desarrollar aquí, ahora, una nueva interpretación de estas fiestas. Bástenos por hoy cumplir una pretensión doble: aliviar a los que se sentían culpables por sentir el deseo de que «otra semana santa es posible», por una parte, y, por otra, de invitar a todos a la creatividad, libre, consciente, responsable y gozosa. No en todas partes o en cualquier contexto será posible,

pero sí lo será en muchas comunidades concretas. Si no lo es en la mía, podría serlo en alguna otra comunidad más libre y creativa que tal vez no esté muy lejos de la mía... ¿por qué no preguntar, por qué no buscarla?

Para la revisión de vida

Comienza la «semana mayor» de todo el año. La semana santa se ha convertido en muchos lugares en una minivacación. Sugerencia: aprovechar bien la oportunidad de la semana santa. Si tengo posibilidad, dedicar esta «vacación» a atender lo que en la agitada vida diaria me veo imposibilitado de cuidar suficientemente: mi profundidad, mi oración, mi paz interior, el respaldo de coherencia interna que quiero dar a mi compromiso externo...

Si tengo la suerte de encontrar una comunidad cristiana con inquietudes de búsqueda y de renovación, tal vez puedo sugerir la posibilidad de vivir una semana santa diferente, de renovación radical de la mentalidad teológica, de replanteamiento de nuestra comprensión cristiana y de reiniciación de nuestra experiencia religiosa... Si no tengo la suerte de conocer ninguna de esas comunidades, tal vez puedo hacer el esfuerzo por buscarlas...

Para la reunión de grupo

La semana santa puede ser buena ocasión para dar un repaso a las hipótesis teológicas más conocidas sobre la muerte de Jesús y su valor salvífico. Un buen material para preparar una exposición inicial en la reunión de grupo, o un libro para tenerlo todos y estudiarlo y comentarlo es “Pasión de Cristo, Pasión del Mundo”, de Leonardo BOFF, con ediciones en varias editoriales y países ya citados...

La semana santa es la «semana mayor» y el triduo sacro es el la concentración de la celebración pascual, y la vigilia pascual es el momento culminante. Será bueno preguntar a algunas personas mayores que recuerden cómo eran las celebraciones de la Semana Santa antes de la reforma de Pío XII en 1950, con sus notorias diferencias con el modo actual. Y cabe preguntar: ¿por qué la vigilia pascual no ha entrado todavía en la conciencia del pueblo cristiano como lo que es: el centro de todo el año litúrgico?

Aunque no estamos acostumbrados a hacerlo, también puede ser una buena actividad de grupo escuchar la Pasión según san Mateo, de Johan Sebastian BACH, presentada y comentada previamente por un buen conocedor de la misma, incluyendo ahí sus aspectos teológicos peculiares, de Bach como músico, y del texto o libreto.

Para la oración de los fieles

Para que la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, lleve su obediencia al Padre y su servicio a las personas hasta las últimas consecuencias. Roguemos al Señor...

Para que los gobernantes sirvan a los intereses de los pueblos y no a sus propias aspiraciones. Roguemos...

Para que los pobres y los oprimidos sean los primeros en obtener el respeto a sus derechos y la justicia para sus vidas. Roguemos...

Para que mostremos nuestra devoción a Cristo crucificado siendo solidarios con los crucificados de nuestro tiempo. Roguemos...

Para que sepamos descubrir y transmitir la fuerza del amor de Dios en medio de las dificultades, los sufrimientos, y la muerte. Roguemos...

Para que todos los difuntos compartan la resurrección de Cristo, igual que han compartido ya con él la muerte. Roguemos...

Oración comunitaria

Dios, Padre nuestro, tú enviaste a tu Hijo entre nosotros, para que descubramos todo el amor que nos tienes. Y cuando nosotros respondemos a ese amor con nuestro rechazo, matando a tu hijo, Tú no te echaste atrás sino que seguiste adelante con tu plan de ser nuestro mejor amigo. Ablanda nuestros corazones para que sepamos responder a tu amor con el nuestro. Por Jesucristo.

O bien:

Oh Dios, Padre Universal, de todos los pueblos y de todos los hombres y mujeres, en quienes has depositado, por medio de sus culturas y religiones, la sed de encontrarse consigo mismos y contigo, Fuente Originaria. Te pedimos que en la renovación anual de estas fiestas que se avecinan, tan tradicionales y ancestrales, nos sintamos en comunión con todos los hombres y mujeres que te buscan a Ti y buscan también el sentido de su vida, entre mitos, ritos, símbolos y grandes relatos. Nosotros lo celebramos desde el seguimiento de Jesús, hijo tuyo y hermano nuestro, cordialmente unidos a todos los pueblos y religiones que también te buscan y contemplan. Gracias. Amén. Axé. Aleluya.

Estos comentarios están tomados de diversos libros, editados por Ediciones El Almendro de Córdoba, a saber:

- Jesús Peláez: *La otra lectura de los Evangelios*, I y II. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Rafael García Avilés: *Llamados a ser libres. No la ley, sino el hombre*. Ciclo A,B,C. Ediciones El Almendro, Córdoba.
- Juan Mateos y Fernando Camacho: *Marcos. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro.
 - *Juan. Texto y comentario*. Ediciones El Almendro. Más información sobre estos libros en www.elalmendro.org
 - *El evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ediciones Cristiandad, Madrid.

Acompaña siempre otro comentario tomado de la Confederación Internacional Claretiana de Latinoamérica: *Diario bíblico*
www.koinonia.org